

Revista
Rocamadour
Historias originales

ISSN 2618-5342

Año I | Número I
Marzo 2019
Distribución gratuita

Cuento del mes

“Una flor amarilla”
por Julio Cortázar

Nuevos autores

(Ilustraciones de Fede Avila Corsini
y Alejandra Llanos)

M. M. Álvarez

Alejandra Llanos

Paula Aros

Alejandro Torres

Diego Rojas

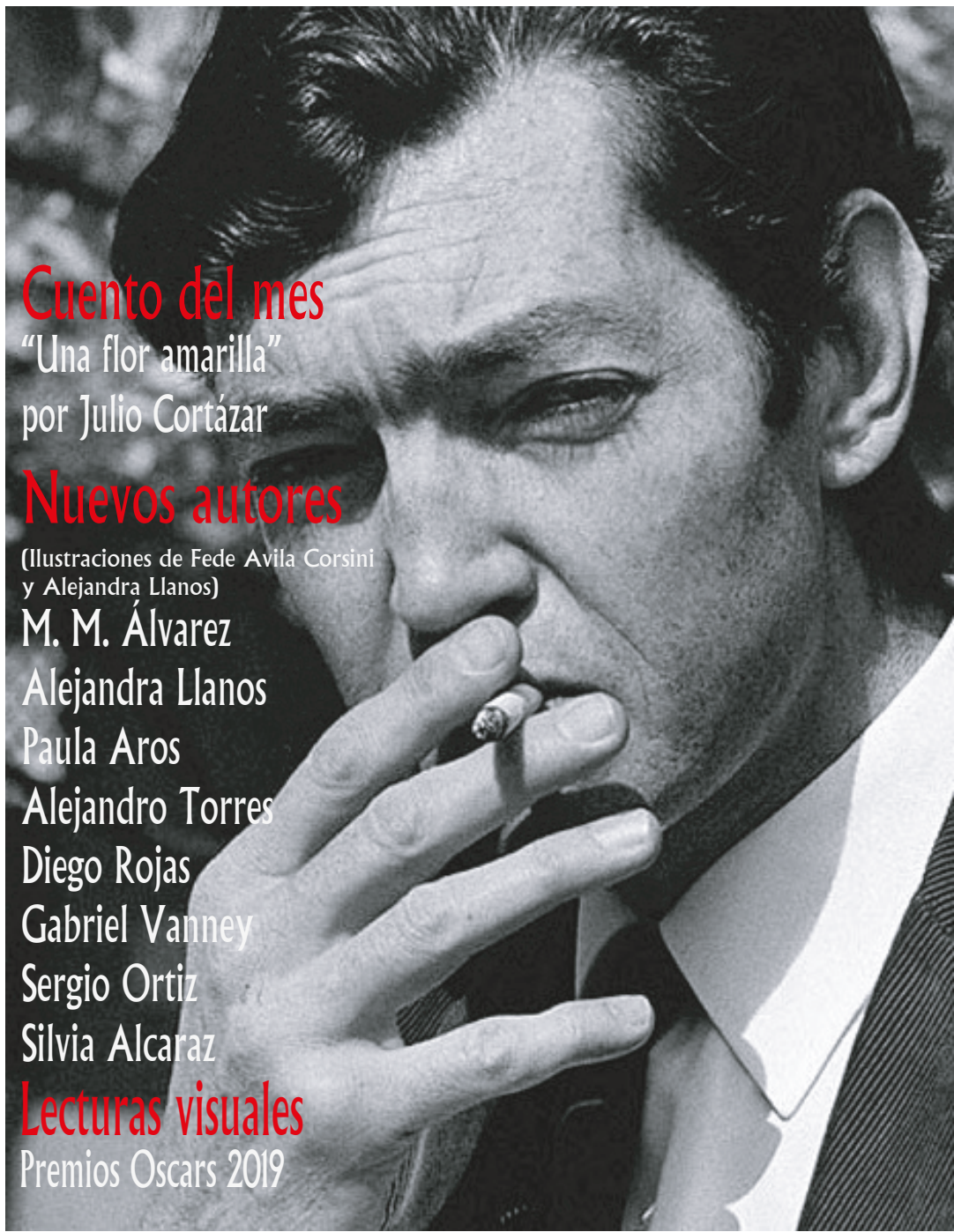
Gabriel Vanney

Sergio Ortiz

Silvia Alcaraz

Lecturas visuales

Premios Oscars 2019





Rocamadour Libros
Librería online

15%
descuento
para docentes
y escuelas
todo el año

Pedidos por mail a: alejandrotorres_lp@hotmail.com

WhatsApp: 11-2350-9958

Facebook e Instagram: Rocamadour Libros



VENTAS | ALQUILERES | TASACIONES
ADMINISTRACIÓN INMOBILIARIA
PROYECTOS

¿Necesitas asesoramiento inmobiliario? ¿Querés vender?

Comunicate con nosotros



0220 477 1479



11 3492 6887



info@sorgettiprop.com.ar

www.sorgettiprop.com.ar



Monteagudo 47 - Marcos Paz

Matrícula (DJM) 3817

CONTENIDO

Del lado de allá

La estrella de la divinidad	por Alejandro Torres	4
El castigo de los cuerpos	por Paula Aros	14
Retrato	por Diego Rojas	15

Cuento del mes

Una flor amarilla	por Julio Cortázar	19
-------------------------	--------------------	----

Del lado de acá

El errante	por Alejandra Llanos	23
Números Naturales	por Gabriel Vanney	25
<i>Pezzo</i> o las tribulaciones	por M. M. Álvarez	27
Crepuscular	por Sergio Ortiz	34
Momento inesperado	por Silvia Alcaraz	35

Lecturas visuales

La correcta corrección de los Oscars 2019 ...	por Pablo Ortiz	36
---	-----------------	----

Diseño y edición realizados por Alejandro Torres

Revista Rocamadour

ISSN 2618-5342

Dr Marcos Paz 2578 (Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires). Año 2019

Corrección de los textos: Sergio Ortiz

Ventas: Alejandro Torres y Matias Álvarez

Foto de portada: Anónimo

Oleografía: "La espera" realizada por Alejandra Llanos

Ilustraciones realizadas en esta edición: Fede Avila Corsini

(Instagram: Dibujando al margen)

Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda, por tanto, prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos. Por otro lado, esta publicación no se responsabiliza de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

Un pequeño agradecimiento

Cuando me decidí a realizar esta revista me vi ante la oportunidad de mostrar que debajo de cada techo, dentro de cada casa, de esta hermosa ciudad hay una voz, un talento, que busca ser leído, escuchado o retratado. Que no importa que los tiempos sean difíciles y que se haga cada vez más inaccesible la posibilidad de mostrarse ante quien quiera leer estas prosas ya que la tecnología nos controla. Muchas veces nos negamos a creer que la cultura sea la base de una sociedad, y en los tiempos que corren, donde la cultura queda relegada de toda agenda, surgió la posibilidad de actuar por mano propia dedicando tiempo, esfuerzo, dinero y ganas. Somos una revista totalmente independiente, que se sustenta gracias a nuestros anunciantes y nuestros autores e ilustradores. Al final de todo esto, nuestra misión es difundir la literatura, las ganas de leer y mostrar que todos podemos, que todos tenemos algo que contar o algo que mostrar; que no es imposible si no se piensa lo contrario, y que si se hace difícil podemos agachar la cabeza pero nunca debemos bajar los brazos, porque como dijo Julio Cortázar: "Nada está perdido si se tiene el valor de proclamar que todo está perdido y hay que empezar de nuevo". Por eso, con gran esfuerzo y ayuda de todos los que participaron, esta revista pudo ser publicada. A todos los que lo hicieron y todos los que apoyaron el proyecto, esta casi utópica e idílica idea, no me queda más que agradecerles eternamente.

Alejandro Martín Torres



ATENCIÓN, ¡CONVOCATORIA!

Como ya dijimos, gracias a nuestros anunciantes esta revista podrá ver la luz cada mes; pero no menos importante son nuestros escritores, los que hacen posible que nuevos mundos vean la posibilidad de existir más allá de la imaginación de cada uno. Por eso, queremos invitar a todos aquellos que se animen a publicar, de manera gratuita, en esta hermosa revista. No hay un requisito de edad ni experiencia, solo ganas. Si todavía no te convenciste, podés hacerlo a través del seudónimo que elijas. Podés mandarnos un cuento, poesía u otra prosa breve de no más de 4.000 palabras. Si te animás podés escribirnos para más información a la casilla de mail al final del anuncio y verte en las siguientes publicaciones a través de tus propias palabras. El archivo a publicar deberá ser enviado en Word (o cualquier otro procesador de texto), y previamente editado ipara estar listo para publicar! ¿Te animás?

Mail: Alejandrotorres_lp@hotmail.com



La estrella de la divinidad

Por Alejandro Torres

Ilustrado por Fede Avila Corsini

Mi nombre es Alexandre Tolbert y soy ex capitán del Escuadrón Duval, del Cuerpo XXI de Exploradores Intergalácticos del planeta Tierra. Durante toda mi vida tuve que rendir cuentas e informes sobre las misiones que me fueron asignadas; he tenido que enfrentarme a mis superiores y defender los intereses de mis soldados. Luchar con los temerosos kovalls en el planeta Aurión y hacerle frente a los monstruosos y poco amistosos malocs en el cinturón que une los planetas Mic, Serev y Katok. Mi lealtad hacia el escuadrón y hacia mis superiores era

vo a lo que pude haberlo sido en mi vida con mi esposa y mis hijos. Más así fue como hace ya veinte años intento contar esto, intento quitarme de encima este peso de no poder hablar de mis misiones ya pasadas y repletas de telarañas en algún archivo del edificio principal del Departamento de Inteligencia Intergaláctico (DII). Mi querida Paulette Allard tuvo que soportar el dolor de las verdades que tuve que ocultarle: porque después de todo, lo que uno esconde no son mentiras, sino verdades no confesadas, verdades que pesan en la conciencia de cada uno y que se interpretan como mentiras dentro del pacto que uno tiene con sus seres queridos y sus obligaciones a través del rol que le fue asignado en la sociedad, en nuestra sociedad; mi querida Paulette tuvo que cargar con las verdades que no pude contarle. Hice un juramento a otro ser querido, como lo fue Adrian Burat, mi mejor amigo y antiguo compañero y colega dentro del DII. Por eso me encuentro triste y ansioso; no me creo capaz ya, con

años, de poder quitarme de encima este peso que tan optimista me hace, porque el optimismo no viene sino del terror mismo: todos estos años procuré mantenerme vivo para no llevarme a la tumba todos estos recuerdos, sobre todo aquel que tanto me aqueja de no poder contar, mucho menos ya a mi querida Paulette, que probablemente esté en un lugar mejor donde van aquellos que acaban sus días en esta tierra: recibí hoy una carta de Eric Caloc en la que mencionaba la muerte de Burat, a quien hacía ya dos años no veía por el aislamiento que sufría obligatoriamente en las Islas del Pacífico por su terrible condición debido a una rara enfermedad contraída en una última misión catastrófica. Por eso, me encuentro en condiciones de confesarme ante quien quiera leerme, ante quien pretenda saber un poco más sobre “La estrella de la divinidad”. Mi verdad, mi confesión, es esta:

Adrian y yo fuimos asignados, en el año 20.000 de la Era de Sineón, a la misión A1-B24 que daba las coordenadas de un planeta no explorado con posible vida y grandes recursos que escaseaban en aquel entonces, cosas básicas que todo libro de historia cuenta después de La Gran Sequía: agua, oxígeno, vegetación, especies. Accidentalmente aterrizamos en otro planeta. Algo sucedió con las coordenadas, ya que este no era el objetivo. Quizás haya sido la tormenta de polvo estelar que nos encerró en un espiral de materia, o la carrera ilegal de meteoritos que eludimos con gran elocuencia; ya no recuerdo cómo, aunque eso era totalmente irrelevante en comparación de lo que nos encontramos. La nave tuvo que ser aterrizada de emergencia, aun sabiendo que algo había ocurrido y que era imposible haber llegado a las coordenadas que marcaba el navegador Sixmil. En principio, no fui solo yo quien sentía aquel lugar como familiar. Todo era tan familiar como el rivlak asado de mi madre. Adrian y yo descendimos en busca del objetivo de la misión: encontrar señales de vida y recursos que favorezcan la diversidad del planeta Tierra para poder renovar aquellos extintos. Simplemente para volver a ser explotados y extinguidos por las mismas manos, sedientas de poder. La nave

les: allí los cerros eran tan distintos como lo fueron en algún momento las ideas alrededor de todo el globo. Aquello fue incómodo y a la vez inquietante. La llanura, como en la Tierra, era una sola y era la misma. Caminamos un largo camino hasta una arboleda de arrayanes que costean un extenso río de agua. Me detuve a observar aquel ecosistema. La similitud con los ríos que alguna vez hubo en la Tierra era increíble. Sin pensar siquiera en lo que podía pasarme, maravillado por aquello que mis ojos contemplaban, me quité el casco. Adrian, que mantenía su vista sobre un par de cardenales que jugueteaban en el aire, no reparó en mi locura; por el contrario, por acto reflejo de la asombrosa sensación que causaba aquel paisaje, también se quitó el casco, instintivamente, buscando oxígeno que respirar. Podíamos respirar, y el aire era tan puro como la cerveza de geloks que servían en el bar de la oficina en sus mejores años. A unos metros de ahí, un pequeño ser caucásico, de cabellos rubios, con un recipiente de metal sostenido con sus pequeñas manos nos observaba fijamente, como si estuviese contemplando a un par de extraños que, por primera vez, o que hace mucho tiempo, respiraban la libertad.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas? —saludé agitando mi mano. Pero aquel curioso ser soltó el recipiente de metal, que al parecer contenía leche, y se echó a correr por la llanura sujetándose su largo vestido para no tropezar con él. Lo miré a Adrian, que también me miraba con la boca abierta:

—¿Eso era...? —logró preguntar antes de que yo lo interrumpiera.

—Eso era una niña humana.

Corrimos en dirección hacia donde la niña se había ido. El césped era tan verde que el cielo azul, despojado de cualquier nube, resaltaba, como así el césped resaltaba ante la falta de árboles, con tal violencia que parecía la paleta de colores de un artista. El aire era tan puro que acariciaba los pastizales y encorbaba el trigo y lo sometía con total calma a una paz que no estábamos dispuestos a negar. A lo alto de una colina, una casa pequeña de madera echaba humo por la chimenea. Fuera de ella, junto a la puerta,

poco, procurando no asustarlos, pero en ningún momento parecieron estarlo; de hecho, la niña en la llanura parecía más bien sorprendida que asustada, en aquel momento.

—Hola, ¿entienden nuestro idioma? —pregunté con una mano en el aire en signo de amistad. Pero ninguno de los niños respondió. Solo murmuraban entre ellos —Venimos del planeta Tierra —proseguí, señalando el cielo.

—Lo sabemos —contestó finalmente la niña rubia—. Sabemos quiénes son, señor Tolbert, y sabemos de dónde vienen.

Adrian, que estaba más atrás, retrocedió aún más y puso su mano sobre la pistola de plasma. Al volverme hacia él lo vi y le hice una seña con la cabeza para que ni siquiera lo intentara. Debíamos acercarnos más, e intentar saber quiénes eran esos seres y cómo sabían de nosotros. Otra niña, la más alta de los tres, se puso delante de los otros dos y habló:

—Sabemos que están aquí también para llevarse nuestros recursos; y para llevarnos con ustedes.

Adrian había comenzado a acercarse a mí, yo sudaba del terror de desconocer todo aquello. Estábamos acostumbrados a jugar al gato y al ratón; acostumbrados a ser el gato, pero por primera vez nos sentíamos ratones incluso ante tan pueril imagen.

—Eso no es verdad —dijo Adrian, que ya estaba a la misma distancia que yo de aquellos tres niños.

—Sí que lo es —replicó la niña más alta, que se mantenía delante protegiendo a los otros dos. El tercer niño era el más pequeño de los tres, aparentaba unos cuatro o cinco años mientras que la niña rubia unos diez—. Otros como ustedes han venido, y se han llevado a muchos de nosotros con el propósito de quitarnos nuestra sabiduría, pero no han hecho más que corromperlos y volverlos inútiles, pseudo feligreses de un dogma ya extinto incluso en su propio planeta.

Adrian y yo nos miramos sorprendidos. No sabíamos qué hacer. Estuvimos unos minutos tratando de convencerlos de que no era así, de que no sabíamos de qué hablaban. Hasta que finalmente los tres niños se miraron sorprendidos, creyendo nuestras palabras. Nos

des seguían siendo de madera; una gran chimenea humeaba el aroma de un cerdo que se cocía sobre una estaca horizontal que era movida en círculos con una palanca por un cuarto niño, de cabellos colorados, tan colorados como la llanura de Marte. Una mesa con seis sillas dividía en dos hemisferios la cabaña; y una enorme biblioteca repleta de libros la terminaba de decorar. Nos ofrecieron una taza de té. Los cuatro niños se veían tan reales como cualquier humano; tenían las mismas características: narices, boca, ojos, manos; pero sus miradas eran profundas, como si leyesen lo que uno llevaba dentro; y demoraban unos segundos antes de contestar cualquier pregunta como si pensarán cada palabra.

—¿Dónde están sus padres? Deberíamos hablar con ellos —pregunté ante la sorpresa de no ver ninguno par alrededor.

—En este planeta ya no quedan padres, somos solo niños —contestó la niña rubia.

—¿Qué, no hay adultos que trabajen y traigan la comida a casa? ¿Quién lava las ropas, cocina y procura la seguridad de ustedes? —preguntó Adrian.

—¿No cree usted que un puñado de niños no puedan hacerse cargo de sus vidas; labrando su propia tierra, cocinando su comida, criando sus vacas? —le recriminó el niño colorado que seguía dándole vueltas al cerdo.

—No pretendía ofenderlos —repuso Adrian casi perplejo por la respuesta.

—Pero lo hace —inquirió rápidamente la niña alta—. Cada vez que vienen a este planeta lo hacen, con cada palabra que expulsan de su boca lo hacen. Siguen creyéndose superiores. Está claro que su planeta no ha cambiado y que no sirvió de mucho la última purga que hicieron aquí.

—¿Última purga? —pregunté interrumpiendo las miradas furtivas de los cuatro niños sobre Adrian; aquellos niños tenían orgullo y coraje, y no estaban dispuestos a dejarse tomar por lo que eran—. ¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí solos?

La niña rubia quiso contestar, pero la más alta no la dejó. Tomó la palabra en su lugar, como ya parecía costumbre.

de tales.

Nos quedamos realmente sorprendidos al escuchar aquello: ¿no eran seres humanos? ¿qué otra cosa podían ser? El parecido era realmente sorprendente y no había explicación para todo lo que nos rodeaba: los gestos, los modales, el cabello, la ropa, los utensilios.

—Y si no son seres humanos ¿qué son? —se apuró Adrian a preguntar nuevamente.

La niña alta desvió la mirada de Adrian hacia la mía y contestó:

—Somos Divinus.

Sentí que por la espalda me corrió un escalofrío hasta dar en mi cabeza. Divinus. Había oído hablar de ellos, pero...

—Se supone que los Divinus han dejado de existir hace ya cientos de años —respondí ante la sorpresiva y atenta mirada de la niña alta.

—Como verá no es así. Aún somos miles. Nos mantienen en secreto ya que todavía llegan a las naveas procurando que seamos serviles a sus intereses solo por ser una raza superior a la suya.

—No lo entiendo —repuse en mi confusión—. ¿Quiénes los mantienen en secreto? ¿Qué planeta es este?

La niña alta bosquejó una leve sonrisa y cerró los ojos antes de contestar tras un suspiro:

—El Gobierno Intergaláctico, el mismo que le da las órdenes a ustedes dos, el mismo que dice defender los intereses de los planetas ya habitados; y el mismo que se apropia de los que no poseen vida y los repuebla para inundarlos con su basura espacial y ciudades que contaminan todo el universo.

—¿Y por qué los mantendrían en secreto?

—¿Sabe algo sobre los Divinus, señor Tolbert?

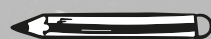
—Claro que sí.

—Entonces su pregunta debió ser más bien retórica.

La niña mayor se levantó de la mesa y caminó hasta la hoguera; tomó la pava que estaba sobre la mesada y la llenó con agua de un recipiente de madera:



LIBRERÍA



"Arte"

Artística | Fibrofácil | Yeso
Artículos escolares | Fotocopias



—¿Conoce las coordenadas 00 42.44 30, +41° 16' 10" del mapa celestial? —La colocó nuevamente sobre el fuego de la hoguera.

—Son las coordenadas de la Galaxia de Andrómeda.

—Bravo, señor Tolbert. Son las coordenadas del planeta 01-2500, vulgarmente llamado "La estrella de la divinidad", de la Galaxia Espiral M31, para ser más exactos.

—¿Nos encontramos en el planeta 01-2500? — pregunté ya más inquieto que antes. ¿Cómo era posible que hayamos terminado en aquel planeta siendo que íbamos en dirección opuesta?

—Así es. Este planeta es el primero de la Galaxia Espiral M31. La particularidad nuestra, según el vox populi de los Divinus, es que ocurre exactamente lo opuesto a lo que sucede en su planeta, Sol C. Por eso somos Divinus, somos lo opuesto a los seres vivos: seres mundanos, terrenales, hedonistas.

Todas aquellas eran leyendas. El planeta 01-2500 había desaparecido hacía trescientos años y se había llevado consigo todo lo que contenía en él. En su lugar había quedado una estela de rocas marchitas que no hacían más que molestar a los viajeros espaciales. Los Divinus habían existido como una raza superior, como la raza más superior de todos los universos. Se los llamaba vulgarmente "los creadores de todo". En su avaricia por el control galáctico habían confrontado entre sí haciendo que el planeta entero estalle en pedazos.

—Creí que fueron ustedes mismos quienes se habían hecho estallar en pedazos por tener el control de todas las galaxias.

—Puras leyendas, señor Tolbert. Fueron los habitantes del planeta Sol C quienes invadieron por primera vez este hermoso y fructífero lugar; saquearon nuestras aldeas y se llevaron a nuestros padres. Con el correr del tiempo regresaban más y más seguido y comenzaron a llevarse a los niños que, como podrá notar, somos superdotados en inteligencia. Sabemos todo acerca de todo y somos tan capaces de crear como de destruir, más aún peor que cualquier ser humano, señor Tolbert.

—¿Y por qué no los combaten cada vez que

fuera de toda explicación.

—Por, exactamente, el contrario motivo que el ser humano es tan destructivo. En cierta forma, nuestro comportamiento se ve directamente afectado al suyo. Por alguna razón que nadie conoce, ni siquiera nosotros, nuestros planetas están conectados de tal manera que lo que nosotros somos los hace ser a ustedes, y viceversa. Pero como sabrán, siempre habrá alguien que predomine en el control del poder; por naturaleza el ser humano es así: necesita saber la posición de poder que ocupa dentro de un grupo familiar, dentro de una sociedad, una ciudad, un país, un planeta, una galaxia; y utilizarla. Y, en efecto, el mal en exceso siempre será capaz de derrotar al bien. Ergo, nuestra sociedad está, en extremo, capacitada para el bien y la suya naturalizada para el mal. No conocemos el significado de la palabra "guerra".

El niño colorado interrumpió colocando el cerdo cocido sobre el centro de la mesa. Las otras dos niñas comenzaban a colocar unos cuencos de madera sobre la mesa con sus respectivos cubiertos. Afuera comenzaba a oscurecer, la temperatura aumentaba y el viento soplaba con más violencia; el agua del río desbordaba y mojaba las orillas donde distintas especies de animales compartían hábitat. Un pequeño satélite iluminaba tenuemente los llanos y los cerros: podíamos ver a lo lejos sobre uno nuestra nave. Fue una suerte encontrarnos con que nos contaban para la cena, de otra forma no sabríamos qué sería de nosotros esa noche.

—Dijo que en este planeta ocurría lo contrario al planeta Tierra, pero mencionó que no conocen las guerras, ¿será que están tratando de engañarnos? Es contradictorio.

—Esa es una buena observación, señor Tolbert. Pero, antes de contestar su pregunta voy a contestarles otra que probablemente se estén haciendo. Nosotros, los Divinus, no deberíamos discernir el bien del mal si no conocemos tal estadio; pero esta oposición no se interpone en la razón: somos libres de pensar, de razonar y de poder disentir de lo que los adultos nos presentaban como verdad; era algo irrefutable siquiera para nuestros padres. En ese sentido, siempre pudimos imaginar lo que sería el caos y

tra nosotros mismos.

Nos quedamos callados, pensando en aquello. La niña nos miraba con una sonrisa de satisfacción en su rostro; los otros niños devoraban su plato con total parsimonia, pero con interés. Un silencio dio paso a lo que a continuación terminó de aclarar el asunto:

—La verdad —prosiguió la niña— es que, realmente, y como le dije, no conocemos el significado de la palabra "guerra". Nunca vivimos una. Durante la existencia de ambos planetas jamás experimentamos tal sensación. Siempre convivimos en paz y armonía.

—Pero, es absurdo —reprochó Adrian—, ¿cómo no conocen ese significado si hemos tenido al menos cuatro grandes guerras en las que murieron millones de personas? Si lo que ustedes dicen es correcto, fuera de esos períodos deberían ustedes vivir en destrucción total.

—Lo que usted dice podría ser totalmente correcto —lo tranquilizó la niña alta—, pero no es así como funcionó. Y creo que hay una teoría para ello.

—Me gustaría saber cuál es, porque no le encuentro explicación —replicó Adrian frunciendo toda la cara.

—Que la humanidad del planeta Sol C jamás ha vivido en paz, siquiera en épocas donde creían haberla logrado.

Aquello fue algo triste de pensar. Dentro del conformismo propio que tenemos como seres humanos creímos lograr la paz cambiándole de nombre en ocasiones, pero no hemos hecho más que prolongar algo que ya estaba marcado en nuestra piel como parte de nosotros mismos, como parte de lo que ya fue, era y debía ser. Algo que jamás, como seres humanos, íbamos a poder dejar de cargar en nuestras espaldas vayamos donde vayamos, pobleemos el planeta que pobleemos o generemos los recursos que generemos. Siempre habrá algo que escasee y algo que despertará el interés de alguna corporación o de algún Gobierno que irá en detrimento de lo que otros defiendan. Aquella había sido una lección de moral y buenas prácticas que probablemente morirían al salir de la atmósfera de este planeta.

Comimos en silencio lo poco que lo hicimos. Apenas habíamos probado el cerdo. En cambio,

los cuatro niños repitieron platos hasta el hartazgo. Dos de ellos, los más chicos, terminaron la cena y lavaron sus respectivos utensilios utilizados. Solo la niña de cabellos dorados y la niña mayor quedaron en la mesa bebiendo té, al que acompañamos.

—Hay algo que ustedes, humanos, aún no saben de nosotros y este planeta —nos sorprendió la niña alta.

¿Qué más podía ser? ¿qué otra tortura debíamos soportar moralmente hasta que finalice el día? Había sido un día muy largo, con muchas complicaciones. Necesitábamos que termine de una vez. Adrian y yo nos miramos y la miramos a ella. Ninguno de los dos dijo nada y eso dio a entender que prosiga:

—El tiempo en este planeta corre a la inversa del suyo. Por eso vivimos en cabañas, cocinamos nuestra carne sobre la hoguera, comemos sobre utensilios de madera, y vestimos largos vestidos que nos llegan al suelo. Vivimos en un tiempo que para ustedes ya pasó. Y ese tiempo se está acabando.

—¿Qué quieres decir con que se está acabando? —pregunté casi retóricamente, pero con la intención de sonsacar algo más

—Usted es bastante inteligente, Capitán Tolbert, para darse cuenta de lo que digo. Digo que, al correr hacia atrás el tiempo, en unos años nuestras lenguas cambiarán y pronto el planeta será de aquellos pueblos originarios que habitaron por primera vez estas tierras. Siendo Divinus de una inteligencia no aún superior, ni igual a la nuestra, pero con costumbres y formas que ya no serán del interés de sus dirigentes. Eso puede llevar a la destrucción misma del planeta. Es algo que ya está destinado a ser, lo único en cualquier vida que está destinado a ser: la muerte.

—Pero ¿qué le ocurrirá a nuestro planeta?

—No habrá más oposición. Comenzarán a vivir una vida en la que lo único que les quede por hacer es destruirse a ustedes mismos. Será en unos años, unos siglos o milenios, quién sabe. Pero ocurrirá, como les dije: la muerte es inevitable.

No había más para escuchar. Las niñas se levantaron de la mesa, sin importar nuestros rostros fatigados y rotos de ilusiones. Nos

ieron a una habitación en la que había dos camas hechas con madera y pajas, sobre la que posaban dos almohadones de arpillera y una cobija para el frío, que cada vez se sentía más. Afuera ya nada alumbraba, no se podía ver el río ni los árboles, ni el trigo ni el par de Cardenales bailando y silbando. Probablemente, estaban ya en su refugio, pasando la noche, esperando el día, descansando para un día menos. ¿Qué clase de esperanza nos quedaba ahora sabiendo que el futuro era aún más incierto de lo que ya era? ¿Qué reportaríamos al DII? Si ellos sabían de la existencia de este planeta y lo mantenían oculto manipulando los libros de historia y las rutas espaciales, ¿qué ocurriría si alguien lo descubriese como hicimos nosotros? Fue la primera vez en la noche que recordé la misión, que no habíamos comunicado a la Central sobre nuestro viaje, ni el fallido aterrizaje, ni que volveríamos con las manos vacías y desesperanzados de todo futuro a la vista.

A la mañana siguiente nos levantamos sin siquiera probar el pan con manteca que nos habían preparado los niños. Sonrientes, el

el niño más pequeño, jugaban sobre una alfombra de cuero de vaca mientras que la niña de pelos rubios leía un libro sentada junto a la biblioteca. La niña mayor desayunaba en la mesa con nosotros, ni siquiera nos miraba. Solo se la veía concentrada en su taza y su pan. Adrian tenía dos grandes ojeras, se encontraba molesto. Yo no quería creer ni una palabra de todo aquello, pero era inevitable.

—¿Qué nos espera cuando regresemos a la Tierra? —pregunté cuando volví en mí.

—No puedo decirle qué les ocurrirá, solo ustedes saben los métodos de reprimenda que utilizan sus superiores. Pero deben tomar aquello que les fue otorgado ayer, aquello fue un regalo tanto para ustedes como para nosotros. Solo nos quedan algunas décadas de vida, quizás más, las cuales queremos vivir en paz y compañía de nosotros mismos, entre hermanos. A nadie hemos hecho daño y sin embargo hemos recibido todo tipo de barbarie acarreada por su raza. Aceptamos nuestro destino. A cambio pedimos que hagan llegar este mensaje de misericordia y perdón a sus superiores.



Afuera el viento soplaba nuevamente con la paz de un campo de trigo. Las hojas silbaban con mayor presión y el río agitaba sus aguas salpicando y mojando a unos pequeños conejos que saltaban en la orilla. No había nubes, solo cielo azul. El verde volvía a resaltar con aquel campo despojado de todo blanco, de todo gris. El viento sobre nuestras caras se volvía irresistible, una sensación que ni en la plenitud de nuestras vidas habíamos sentido. Nos alejamos unos metros hasta que me volví hacia la niña mayor:

—¿No vas a decirme tu nombre?

—¿Mi nombre? ¿Para qué quiere saber mi nombre, quién soy, si en unos años ya no seré más que polvo?

Nunca más volvimos a hablar de aquel día. Nunca, en veinte años, Adrian y yo lo volvimos a mencionar. Prometimos llevarlo a la tumba. El informe fue detallado. Las peticiones de los Divinus fueron entregadas en mano al Gobierno Intergaláctico. A cambio de nuestro silencio nos promovieron en rangos y nunca más volvimos a

escuchar el nombre de 01-2500 ni de los Divinus. Pero sabíamos que aquella petición no era posible para el Gobierno. Centenares de naves despegaban cada año hacia aquella ruta, probablemente aprovechando los últimos años de aquella raza, que era vista como materia prima de la hostilidad de la que se alimenta esta que aún sigue viva, expandida por más de treinta y cinco orbes, y con centenares de planetas destrozados por la inutilidad de la capacidad humana para conservar cualquier tipo de vida.

Alejandro Martin Torres (Pcia de Buenos Aires, 1991). Periodista y amante del frío. Publiqué algunos relatos en la Antología 2018 del taller literario Purapalabra.

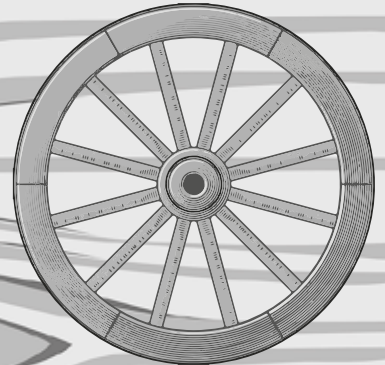
CARPINTERIA
EL VASCO

Muebles a medida | Restauraciones

Velez Sarsfield 14 - M.Paz
(0220) 477-3429



Carpintería El Vasco





El castigo Por Paula Aros de los cuerpos

Ilustrado por Fede Avila Corsini

Y apretó el gatillo sin más. Sin mediar palabra alguna. Sin un abrazo, un beso, o un hola siquiera. De alguna manera había vuelto en el tiempo y ahora estaba ahí, frente a él, mirando cómo había sucedido todo, pero esta vez no sentía nada.

El estrepitoso estruendo silenció todo. Afuera la lluvia seguía cayendo, pero con un total respeto. Incluso los árboles que hasta ahora se mecían de un lado a otro, cual hamacas con niños en verano, se quedaron quietos; como si fueran conscientes de lo que sucedía. Sin dudas lo

—¿Cómo pude no darme cuenta? —se recriminaba.

Ahora, finalmente, sabía quién era ella, aunque eso no hacía más que complicar las cosas. ¿Cómo explicaba a la policía que aquella joven que yacía muerta frente al volante era nada más ni nada menos que la muchachita que él había criado?! ¡Su hija! Pero que por motivos de la vida se habían peleado y dejado de hablar desde hace mucho tiempo. Peor aún, ¿cómo explicaba que fue llevado hasta ahí engañado, que fue con la intención de tener una cita con una mujer y que no fue sino hasta que entró en el auto que se dio cuenta de quién se trataba realmente? ¡Su propia hija, y que esta se había metido un tiro así sin más!

Cuando volvió a pestañear, las luces del patrullero lo cegaron por completo, al momento que un policía le gritaba:

—¡Salga del vehículo con las manos en alto!

Sus piernas temblaban, un sudor frío lo recorrió por completo; finalmente terminó vomitando al costado del auto hasta que ya no tuvo conciencia.

Cuando volvió en sí, no entendía nada, se sentía raro, distinto. ¿Qué demonios le había sucedido?! ¿Dónde carajos estaba?!

Casi todo era oscuridad, solo una minúscula porción de luz lograba penetrar por una pequeña ventanita al fondo del cuarto, y ésta dejaba entrever la silueta de una cama con alguien que dormía en ella. Era un hombre; lo supo cuando habló e incluso creyó reconocer esa voz.

—¿No vas a darme un beso de buenas noches? —dijo este.

Sus pies comenzaron a avanzar hacia él, sin que pudiera hacer nada al respecto, como si una fuerza mayor manejara su cuerpo al igual que el de un títere.

Aquel hombre extendió su mano y como en un solemne acto de respeto acarició su rostro. Un amor infinito lo inundó por completo, e incluso pasaron ante sus ojos todos aquellos momentos felices de su vida, que por cierto eran muy pocos. Pero no todo quedó ahí, las caricias continuaron, esta vez bajo su ropa y cada vez más

“Finalmente, de aquel pequeño claro de luz surgió una explosión que iluminó todo el cuarto.”

quedaba una pizca de ese amor inefable que sintió al principio. Un terror inigualable le caló los huesos. En un intento desesperado por no sentir, cerró los ojos, esperando que aquello no fuera más que un mal sueño del que despertaría pronto, pero no. Sus pies parecían clavados al suelo, su boca no podía emitir sonido alguno, sus labios ni siquiera se movían. Salir de ahí era todo lo que quería. Pero eso no sucedió. Y esas manos seguían tocándolo como si fueran un montón de víboras que recorrían su cuerpo por completo.

Era inmensamente terrorífico.

Finalmente, de aquel pequeño claro de luz surgió una explosión que iluminó todo el cuarto. Al fin podía ver dónde estaba, pero sobre todo podía ver quién era ese hombre. Y si bien la situación era bastante desagradable, aún más desagradable fue darse cuenta de que aquel hombre no era otro sino él mismo. Y que ese cuerpo que habitaba ahora era el de su pequeña hija. Ese impoluto cuerpo que él había profanado a la edad de cinco años durante tantas noches y durante tantos años más.

Y que ese fue realmente el motivo por el cual ella huyó de casa. Ahí entendió que la justicia divina sí existía, y que de ahí en más debería cargar con ese cuerpo y los recuerdos de una niña abusada por el resto de tiempo, que quien haya decidido darle esa condena lo considere necesario. Nunca deseó la muerte con tanto fervor como hasta ese entonces. Pero el tiempo a veces es tirano, y cuando no quiere avanza a paso de tortuga.

Almacén Los Dos Torres



Sarmiento 2494 (entre calles
Velez Sarsfield y Roca) M.Paz

Aceptamos todas las tarjetas de débito y crédito con

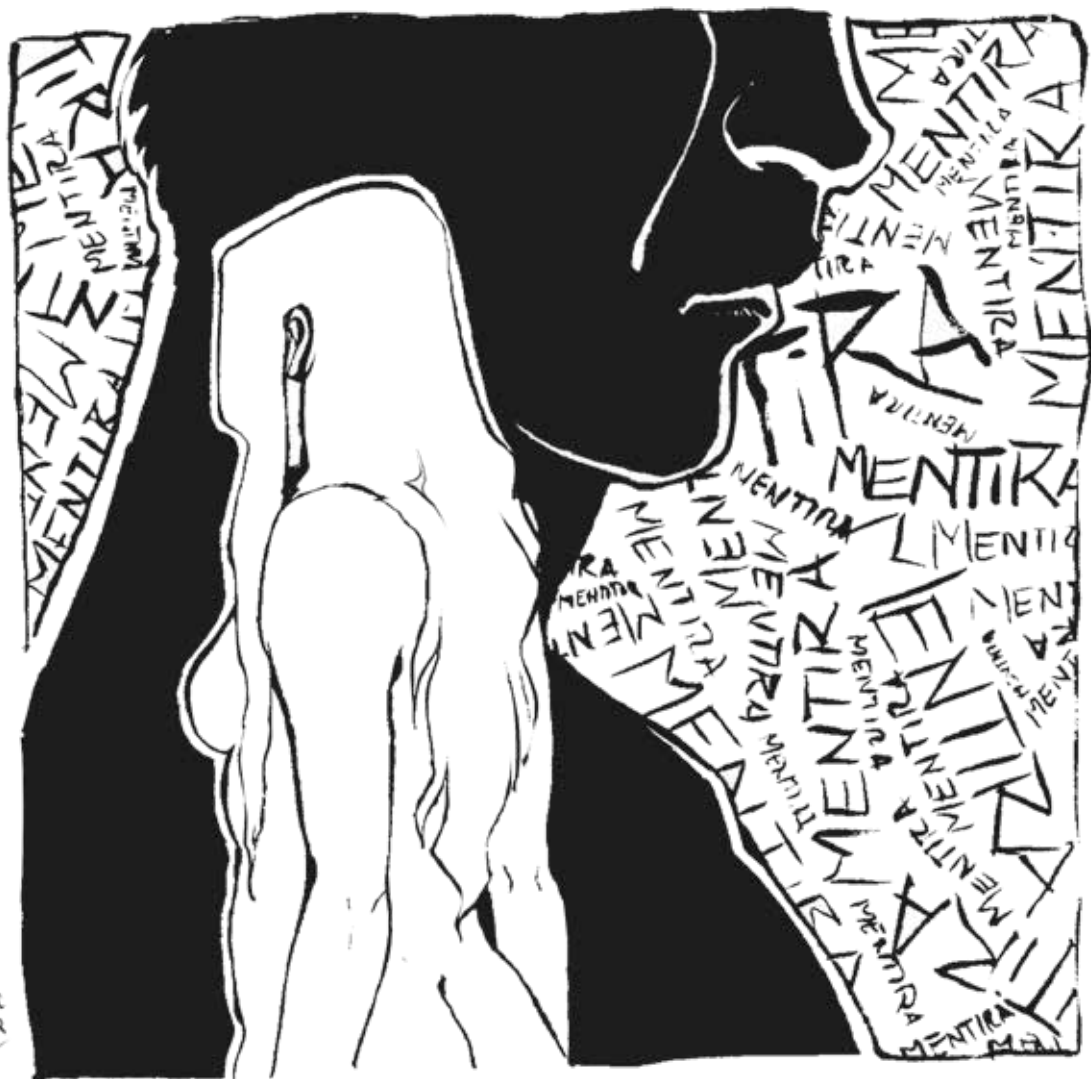


mercado
pago



Todos los lunes 10%
de descuento para jubilados





Retrato

Por Diego Rojas

Ilustrado por Fede Avila Corsini

No había razón para creer que un montón de personas encerradas, destinadas a desencontrarse pondrían fin a mis dudas. Así como quien menciona en el vacío un nombre y espera la negación, así esperaba el momento de llegar para poder retirarme. Ni siquiera intenté entrever cuánta sutileza necesitaba para huir en cuanto el más mínimo silencio incómodo

de mis hechos. Y así es como empecé a equivocarme, entre tantos rostros, entre tantas miradas, solo, despojado y voluntario a cuan orden llegase a mis oídos. Así es como empecé a creer que desistir era para mí, y que por más que me esforzara podía caer mil veces en los pensamientos más solitarios que mis sueños dejaron por debajo de mi puerta.

LA CHURRERÍA

DE MARCOS PAZ

PASTELERÍA • BOLLERIA • CHOCOLATERÍA

Cafetería  Licuados 
SERVICIO de Mate

Churros!



Rellenos de Dulce de Leche | Crema Pastelera | Bañados en Chocolate
Churros de Chocolate | Porras madrileñas | Churros Valencianos
Churros Bombóm | Churros Salados



Otras delicias

Tostados - Berlinesas

Pastelitos

Waffles - Panqueques



Donuts Pan Dulces!

Bernardo de Irigoyen 10 | Marcos Paz

DELIVERY

011 2635-3132



Así es como entendí dónde debía decir y dónde debía callar. Cuando por fin dispuse a espaciar mis versos y sostener mis libros lejos, la vi, entre tantos rostros, entre tantas miradas, en una noche que despejaba dudas. En un salón vacío, en un espacio muerto entre lo que creí verdad y todas la veces que se volvieron mentira. Entre más largas angustias, y palabras por compromiso; una sonrisa, sin más, sin menos. Delicada por cientos de veces en lugares impensados, destructiva y en cenizas, de esas que se caen de tanto pensar, de esas que desfilan por un cuarto y resbalan de dóciles. De esas que la luna pide permiso para amanecer y viste con cielo cuando pedimos la noche, de esas que veo cuando la pienso, de esas que entablan relaciones de ocasión y desmoronan el rocío en el invierno.

Ahí estaba yo, parado a media silla y veinte cuerpos de distancia, pero no es mi manera de asistir a estas ocasiones, y menos al intentar retractarme. No suelo coincidir con la suerte ni mezquinar coincidencias, para las personas destinadas, si así quisiera creer en el destino, esto podría enmarcarse y poner debajo un hermoso sofá, cubierto de polvo por las horas en soledad. Pero no lo es, no lo fue ni lo será, porque cada vez que leo entre líneas hablo de errores. No es compadecer mi insistencia en días por verse, es tener esa sonrisa presente, que desliza timidez y desgarran en lentitud.

Qué incoherente puedo sonar, pero los días transcurridos tenían otro color, es de cobardes aferrarse a que es falso, pero no había contrariedades. Supongo que en un punto necesitaba sentirme mal, la rutina me estaba matando, como a quien el café siempre le sabe amargo, y los bordes siempre le salen de lado. Era como perderme en algo inexistente, una caricia que rozó los labios equivocados, o una palabra sin ser escuchada. Sentí que podía desarmar las cicatrices, depositar todos los miedos y aun así seguiría insensato ante tan abrumadora presencia.

Ella sin embargo no tenía intenciones, por lo menos era lo que logré intuir en su incertidumbre. Y no la culpo, si yo era quien era hasta el momento sin saber de su existencia, ¿por qué ella se desvelaría por mí?, fría y distante, sencilla y lejana, sonriente pero ajena.

sospechar de algo que no es cierto?, si hasta me costaba trabajo entenderla, pero sus ojos me lo decían todo, y entender no significa nada, si no hay algo que entender. Podía por horas desviar la mirada, aún cuando todos se dieran cuenta. Las palabras fueron tan torpes que hasta llegué a reírme de ellas, llenamos de excusas falsas el entorno y desnudamos la más frágil situación para acercarnos. Una mirada, un saludo, una poesía ajena como punto de partida. Esa sonrisa que derretía el frío que el otoño preparó sólo para nosotros.

Ella sabía todo, no había lugar para sospechas, la certeza era su amante y yo las sobras de un amor que no funciona. Sabía todo, hacia dónde dirigirnos y cómo perdernos, era un puñal en mi espalda, era el frío que se cuela por la ventana, la última nube que cubre el sol, los retazos escritos con amor, las veces que me quedé callado, y la mesa vacía de vino.

Pero las mentiras vacían los estantes de la confianza, y ambos teníamos paredes con bordes parecidos a nuestras espaldas. Su fiel compañía se dividía en las semanas que esperaba un llamado y las horas que nuestros besos se encontraban para dibujar un futuro ficticio. Todos los versos inconclusos y las miradas a poca distancia ponían en duda la única cosa que creí verdad. Y cada día que pasábamos prometiéndonos, enterraban distancias que por las noches parecían mas cortas. No había vereda que no visité confeccionando el plan perfecto para no eludirme. Las caminatas más largas tenían nombre de insomnio, y aunque ella nunca lo supo, solía caminar delante de mí.

Fue suave como fuego en mi pecho castigado, y refugio en tiempos de olvidarlo todo. Pero era como moverme en círculos, y hasta temí alcanzarme detrás de los años. Mentiría si dijera que no soñé con ese encuentro en interminables viajes, pero mi imaginación me jugaba peores pasadas. No soy quién para juzgarme, si de mis miedos a perderla nacieron cartas anónimas, que resonaban en noches donde nunca vi la luna, ni nos vistieron en su gran manto, pero no soy quién para juzgarme. Tantas veces caminé entre luces rutilantes y televisores sin antenas, tantas quedé en vela, vestido de encanto por si volviese en las escenas

todos pueden sostener los dramas de mis martes por la noche, ni siquiera su notoria falta de riesgo.

Cuando el miedo la sorprendió entre mis brazos fue lo más cruel, como queriendo escapar del amor. Y no es que me destrozara verla, más bien no quise despertar en donde reinan otros corazones. Hasta equivocarnos era de los dos, pero no soy quién para juzgarme.

Hay cosas que no resuelvo, y otras tantas que no quiero entender, si en sus brazos aprendí cómo extrañarla, va a ser más fácil no volver a verla. Pero hay cosas que no resuelvo y otras que ya comprendí: lo poco que duran los abrazos en la madrugada, lo fiel que es sentir con los ojos cerrados, lo simple que suena un corazón roto, lo difícil que es mirarla a los ojos y que aunque los caminos parecen rectos y los meses parecen llanos, todos los finales son tristes.

Diego Ariel Rojas, 30 años, del planeta tierra, futuro papá de Joaquín, músico de ocasión, escritor por consecuencia.

Bibliografía:

Amor impar – poemario – 2018

(Editorial Independiente)

Más allá del color – 2018

(Editorial Dunken)

Queso Mozzarella "EL YACARE"

Juan María Vargas

Marcando la diferencia

Vieytes esq. Maipú
(1727) Marcos Paz
Pcia. de Buenos Aires
Tel. (0220) 477 - 3504



QUESO MOZZARELLA
ARGENTINO

Una flor amarilla

Por Julio Cortázar



Parece una broma, pero somos inmortales. Lo sé por la negativa, lo sé porque conozco al único mortal. Me contó su historia en un bistró de la rue Cambronne, tan borracho que no le costaba nada decir la verdad aunque el patrón y los viejos clientes del mostrador se rieran hasta que el vino se les salía por los ojos. A mí debió verme algún interés pintado en la cara, porque se me apiló firme y acabamos dándonos el lujo de la mesa en un rincón donde se podía beber y hablar en paz. Me contó que era jubilado de la municipalidad y que su mujer se había vuelto con sus padres por una temporada, un modo como otro cualquiera de admitir que lo había abandonado. Era un tipo nada viejo y nada ignorante, de cara reseca y ojos tuberculosos. Realmente bebía para olvidar, y lo proclamaba a partir del quinto vaso de tinto. No le sentí ese olor que es la firma de París pero que al parecer sólo olemos los extranjeros. Y tenía las uñas

Contó que en un autobús de la línea 95 había visto a un chico de unos trece años, y que al rato de mirarlo descubrió que el chico se parecía mucho a él, por lo menos se parecía al recuerdo que guardaba de sí mismo a esa edad. Poco a poco fue admitiendo que se le parecía en todo, la cara y las manos, el mechón cayéndole en la frente, los ojos muy separados, y más aun en la timidez, la forma en que se refugiaba en una revista de historietas, el gesto de echarse el pelo hacia atrás, la torpeza irremediable de los movimientos. Se le parecía de tal manera que casi le dio risa, pero cuando el chico bajó en la rue de Rennes, él bajó también y dejó plantado a un amigo que lo esperaba en Montparnasse. Buscó un pretexto para hablar con el chico, le preguntó por una calle y oyó ya sin sorpresa una voz que era su voz de la infancia. El chico iba hacia esa calle, caminaron tímidamente juntos unas cuadras. A esa altura una especie de revelación cayó sobre él. Nada estaba explicado pero era algo que podía prescindir de explicación, que se volvía borroso o estúpido cuando se pretendía—como ahora—explicarlo.

Resumiendo, se las arregló para conocer la casa del chico, y con el prestigio que le daba un pasado de instructor de boy scouts se abrió paso hasta esa fortaleza de fortalezas, un hogar francés. Encontró una miseria decorosa y una madre avejentada, un tío jubilado, dos gatos. Después no le costó demasiado que un hermano suyo le confiara a su hijo que andaba por los catorce años, y los dos chicos se hicieron amigos. Empezó a ir todas las semanas a casa de Luc; la madre lo recibía con café recocado, hablaban de la guerra, de la ocupación, también de Luc. Lo que había empezado como una revelación se organizaba geométricamente, iba tomando ese perfil demostrativo que a la gente le gusta llamar fatalidad. Incluso era posible formularlo con las palabras de todos los días: Luc era otra vez él, no había mortalidad, éramos todos inmortales.

—Todos inmortales, viejo. Fíjese, nadie había podido comprobarlo y me toca a mí, en un 95. Un pequeño error en el mecanismo, un pliegue

tiempo, un avatar simultáneo en vez de consecutivo, Luc hubiera tenido que nacer después de mi muerte, y en cambio... Sin contar la fabulosa casualidad de encontrármelo en el autobús. Creo que ya se lo dije, fue una especie de seguridad total, sin palabras. Era eso y se acabó. Pero después empezaron las dudas, por que en esos casos uno se trata de imbécil o toma tranquilizantes. Y junto con las dudas, matándolas una por una, las demostraciones de que no estaba equivocado, de que no había razón para dudar. Lo que le voy a decir es lo que más risa les da a esos imbéciles, cuando a veces se me ocurre contarles. Luc no solamente era yo otra vez, sino que iba a ser como yo, como este pobre infeliz que le habla. No había más que jugar, verlo caerse siempre mal, torciéndose un pie o sacándose una clavícula, esos sentimientos a flor de piel, ese rubor que le subía a la cara apenas se le preguntaba cualquier cosa. La madre, en cambio, cómo les gusta hablar, cómo le cuentan a uno cualquier cosa aunque el chico esté ahí muriéndose de vergüenza, las intimidaciones más increíbles, las anécdotas del primer diente, los dibujos de los ocho años, las enfermedades... La buena señora no sospechaba nada, claro, y el tío jugaba conmigo al ajedrez, yo era como de la familia, hasta les adelanté dinero para llegar a un fin de mes. No me costó ningún trabajo conocer el pasado de Luc, bastaba intercalar preguntas entre los temas que interesaban a los viejos: el reumatismo del tío, las maldades de la portera, la política. Así fui conociendo la infancia de Luc entre jaques al rey y reflexiones sobre el precio de la carne, y así la demostración se fue cumpliendo infalible. Pero entiéndame, mientras pedimos otra copa: Luc era yo, lo que yo había sido de niño, pero no se lo imagine como un calco. Más bien una figura análoga, comprende, es decir que a los siete años yo me había dislocado una muñeca y Luc la clavícula, y a los nueve habíamos tenido respectivamente el sarampión y la escarlatina, y además la historia intervenía, viejo, a mí el sarampión me había durado quince días mientras que a Luc lo habían curado en cuatro, los progresos de la medicina y cosas por el estilo. Todo era análogo y por eso, para ponerle un ejemplo al caso, bien podría

el panadero de la esquina fuese un avatar de Napoleón, y él no lo sabe porque el orden no se ha alterado, porque no podrá encontrar se nunca con la verdad en un autobús; pero si de alguna manera llegara a darse cuenta de esa verdad, podría comprender que ha repetido y que está repitiendo a Napoleón, que pasar de lavaplatos a dueño de una buena panadería en Montparnasse es la misma figura que saltar de Córcega al trono de Francia, y que escarbando despacio en la historia de su vida encontraría los momentos que corresponden a la campaña de Egipto, al consulado y a Austerlitz, y hasta se daría cuenta de que algo le va a pasar con su panadería dentro de unos años, y que acabará en una Santa Helena que a lo mejor es una piecita en un sexto piso, pero también vencido, también rodeado por el agua de la soledad, también orgulloso de su panadería que fue como un vuelo de águilas. Usted se da cuenta, ¿no?

Yo me daba cuenta, pero opiné que en la infancia todos tenemos enfermedades típicas a plazo fijo, y que casi todos nos rompemos alguna cosa jugando al fútbol.

—Ya sé, no le he hablado más que de las coincidencias visibles. Por ejemplo, que Luc se pareciera a mí no tenía importancia, aunque sí la tuvo para la revelación en el autobús. Lo verdaderamente importante eran las secuencias, y eso es difícil de explicar porque tocan al carácter, a recuerdos imprecisos, a fábulas de la infancia. En ese tiempo, quiero decir cuando tenía la edad de Luc, yo había pasado por una época amarga que empezó con una enfermedad interminable, después en plena convalecencia me fui a jugar con los amigos y me rompí un brazo, y apenas había salido de eso me enamoré de la hermana de un condiscípulo y sufrí como se sufre cuando se es incapaz de mirar en los ojos a una chica que se está burlando de uno. Luc se enfermó también, apenas convaleciente lo invitaron al circo y al bajar de las graderías resbaló y se dislocó un tobillo. Poco después su madre lo sorprendió una tarde llorando al lado de la ventana, con un pañuelito azul estrujado en la mano, un pañuelo que no era de la casa.

esta vida, dije que los amores infantiles son el complemento inevitable de los machucones y las pleuresías. Pero admití que lo del avión ya era otra cosa. Un avión con hélice a resorte, que él había traído para su cumpleaños.

—Cuando se lo di me acordé una vez más del Meccano que mi madre me había regalado a los catorce años, y de lo que me pasó. Pasó que estaba en el jardín, a pesar de que se venía una tormenta de verano y se oían ya los truenos, y me había puesto a armar una grúa sobre la mesa de la glorieta, cerca de la puerta de calle. Alguien me llamó desde la casa, y tuve que entrar un minuto. Cuando volví, la caja del Meccano había desaparecido y la puerta estaba abierta. Gritando desesperado corrí a la calle donde ya no se veía a nadie, y en ese mismo instante cayó un rayo en el chalet de enfrente. Todo eso ocurrió como en un solo acto, y yo lo estaba recordando mientras le daba el avión a Luc y él se quedaba mirándolo con la misma felicidad con que yo había mirado mi Meccano. La madre vino a traerme una taza de café, y cambiábamos las frases de siempre cuando oímos un grito. Luc había corrido a la ventana como si quisiera tirarse al vacío. Tenía la cara blanca y los ojos llenos de lágrimas, alcanzó a balbucear que el avión se había desviado en su vuelo, pasando exactamente por el hueco de la ventana entreabierta. «No se lo ve más, no se lo ve más», repetía llorando. Oímos gritar más abajo, el tío entró corriendo para anunciar que había un incendio en la casa de enfrente. ¿Comprende, ahora? Sí, mejor nos tomamos otra copa.

Después, como yo me callaba, el hombre dijo que había empezado a pensar solamente en Luc, en la suerte de Luc. Su madre lo destinaba a una escuela de artes y oficios, para que modestamente se abriera lo que ella llamaba su camino en la vida, pero ese camino ya estaba abierto y solamente él, que no hubiera podido hablar sin que lo tomaran por loco y lo separaran para siempre de Luc, podía decirle a la madre y al tío que todo era inútil, que cualquier cosa que hicieran el resultado sería el mismo, la humillación, la rutina lamentable, los años

un bistró de barrio. Pero lo peor de todo no era el destino de Luc; lo peor era que Luc moriría a su vez y otro hombre repetiría la figura de Luc y su propia figura, hasta morir para que otro hombre entrara a su vez en la rueda. Luc ya casi no le importaba; de noche, su insomnio se proyectaba más allá hasta otro Luc, hasta otros que se llamarían Robert o Claude o Michel, una teoría al infinito de pobres diablos repitiendo la figura sin saberlo, convencidos de su libertad y su albedrío. El hombre tenía el vino triste, no había nada que hacerle.

—Ahora se ríen de mí cuando les digo que Luc murió unos meses después, son demasiado estúpidos para entender que... Sí, no se ponga usted también a mirarme con esos ojos. Murió unos meses después, empezó por una especie de bronquitis, así como a esa misma edad yo había tenido una infección hepática. A mí me internaron en el hospital, pero la madre de Luc se empeñó en cuidarlo en casa, y yo iba casi todos los días, y a veces llevaba a mi sobrino para que jugara con Luc. Había tanta miseria en esa casa que mis visitas eran un consuelo en todo sentido, la compañía para Luc, el paquete de arenques o el pastel de damascos. Se acostumbraron a que yo me encargara de comprar los medicamentos, después que les hablé de una farmacia donde me hacían un descuento especial. Terminaron por admitirme como enfermero de Luc, y ya se imagina que en una casa como ésa, donde el médico entra y sale sin mayor interés, nadie se fija mucho si los síntomas finales coinciden del todo con el primer diagnóstico... ¿Por qué me mira así? ¿He dicho algo que no esté bien?

No, no había dicho nada que no estuviera bien, sobre todo a esa altura del vino. Muy al contrario, a menos de imaginar algo horrible la muerte del pobre Luc venía a demostrar que cualquiera dado a la imaginación puede empezar un fantaseo en un autobús 95 y terminarlo al lado de la cama donde se está muriendo calladamente un niño. Para tranquilizarlo, se lo dije. Se quedó mirando un rato el aire antes de volver a hablar.

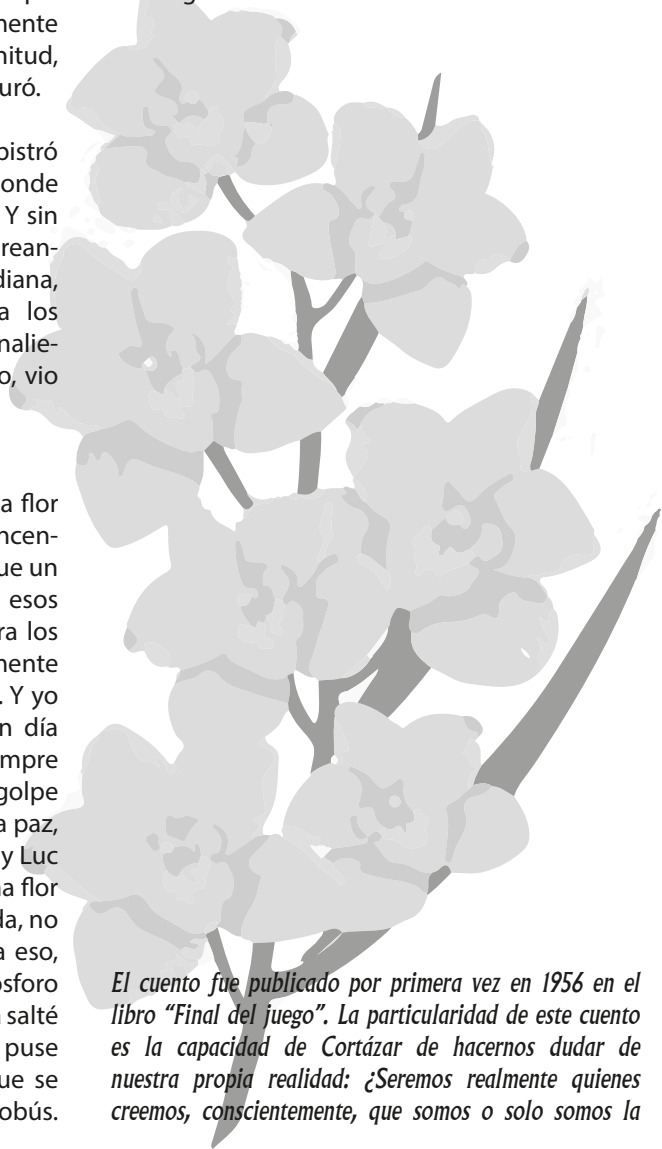
esas semanas después del entierro sentí por primera vez algo que podía parecerse a la felicidad. Todavía iba cada tanto a visitar a la madre de Luc, le llevaba un paquete de bizcochos, pero poco me importaba ya de ella o de la casa, estaba como anegado por la certidumbre maravillosa de ser el primer mortal, de sentir que mi vida se seguía desgastando día tras día, vino tras vino, y que al final se acabaría en cualquier parte y a cualquier hora, repitiendo hasta lo último el destino de algún desconocido muerto vaya a saber dónde y cuándo, pero yo sí que estaría muerto de verdad, sin un Luc que entrara en la rueda para repetir estúpidamente una estúpida vida. Comprenda esa plenitud, viejo, envíeme tanta felicidad mientras duró.

Porque, al parecer, no había durado. El bistró y el vino barato lo probaban, y esos ojos donde brillaba una fiebre que no era del cuerpo. Y sin embargo había vivido algunos meses saboreando cada momento de su mediocridad cotidiana, de su fracaso conyugal, de su ruina a los cincuenta años, seguro de su mortalidad inalienable. Una tarde, cruzando el Luxemburgo, vio una flor.

—Estaba al borde de un cantero, una flor amarilla cualquiera. Me había detenido a encender un cigarrillo y me distraje mirándola. Fue un poco como si también la flor me mirara, esos contactos, a veces... Usted sabe, cualquiera los siente, eso que llaman la belleza. Justamente eso, la flor era bella, era una lindísima flor. Y yo estaba condenado, yo me iba a morir un día para siempre. La flor era hermosa, siempre habría flores para los hombres futuros. De golpe comprendí la nada, eso que había creído la paz, el término de la cadena. Yo me iba a morir y Luc ya estaba muerto, no habría nunca más una flor para alguien como nosotros, no habría nada, no habría absolutamente nada, y la nada era eso, que no hubiera nunca más una flor. El fósforo encendido me abrasó los dedos. En la plaza salté a un autobús que iba a cualquier lado y me puse absurdamente a mirar, a mirar todo lo que se veía en la calle y todo lo que había en el autobús.

autobús que llevaba a los suburbios. Toda la tarde, hasta entrada la noche, subí y bajé de los autobuses pensando en la flor y en Luc, buscando entre los pasajeros a alguien que se pareciera a Luc, a alguien que se pareciera a mí o a Luc, a alguien que pudiera ser yo otra vez, a alguien a quien mirar sabiendo que era yo, y luego dejarlo irse sin decirle nada, casi protegiéndolo para que siguiera por su pobre vida estúpida, su imbécil vida fracasada hacia otra imbécil vida fracasada hacia otra...

Pagué.



El cuento fue publicado por primera vez en 1956 en el libro "Final del juego". La particularidad de este cuento es la capacidad de Cortázar de hacernos dudar de nuestra propia realidad: ¿Seremos realmente quienes creemos, conscientemente, que somos o solo somos la



El errante

Por Alejandra Llanos

Ilustrado por Fede Avila Corsini

Buenos Aires, 1933.

Es una cálida noche de diciembre y el hombre camina entre la multitud. Todos los escaparates están adornados con motivos navideños. La alegría reina en el aire. Pero él sabe que una sombra se cierne sobre la ciudad: ella lo está buscando. No a él claro, está muy viejo para interesarle siquiera. Sin embargo su misión también es buscarlo y muchas vidas dependen de quien lo encuentre primero.

El viejo se siente exhausto de tanto andar. Entra en una confitería para poder reposar un momento y comer algo. Ya no recuerda cuándo se ha alimentado por última vez, o cuánto hace que camina. Hace meses, años quizás... Aunque aquello no hace ninguna diferencia. El tiempo y la distancia son términos

Solo el hambre agota.

Un joven mozo atiende su pedido.

Quisiera un café bien cargado y un pedazo de torta de cereza. Le dice.

Esta clase de comida no es realmente importante, no, jamás podría saciar su voracidad con ninguna de esas cosas. Esperaría a pagar la cuenta, dejaría una buena propina, y tras un fuerte apretón de manos finalmente se iría. Ya que ese contacto es lo suficientemente fuerte para recuperar la vitalidad. El mozo apenas lo notaría. Solo un leve mareo que adjudicaría al cansancio. Nunca podrían culparlo por dicha sensación. ¿A quién se le ocurriría que un pobre viejo ande por ahí, absorbiendo la energía ajena?

Es curioso, a veces, la naturaleza de

“Es una figura que inspira respeto. Basta con su presencia para saber que es un espíritu indómito.”

les que no caben en el entendimiento de cualquiera.

El viejo sale de la confitería con una amplia sonrisa de satisfacción y se pierde nuevamente en la multitud. A sí mismo sus pasos suenan distintos para alguien más, alguien igual a él.

La sombra de la noche y sus hijos tejen los caminos de un viejo errante que deambula entre nosotros.

Su paso se hace débil al igual que su cuerpo. Pero la vejez es opcional para su noble estirpe, y haberse entregado a ella, con sus

llos blancos y su cara surcada de arrugas, es un claro símbolo de rebeldía y valor.

Es una figura que inspira respeto. Basta con su presencia para saber que es un espíritu indómito.

Indómito.

Su nombre es Caín.

Alejandra Llanos (Flores, 1988). Es bibliotecaria, escritora y artista plástica. Actualmente reside en Marcos Paz con su pareja y su hija. Participó en las dos primeras antologías del taller literario “Algo que decir...” de la Biblioteca Popular Gral. San Martín.

Distribuidora
Pareta 

Ventas por mayor y menor en artículos
de mercería, lencería, lanas, telas,
accesorios para moda y fantasía

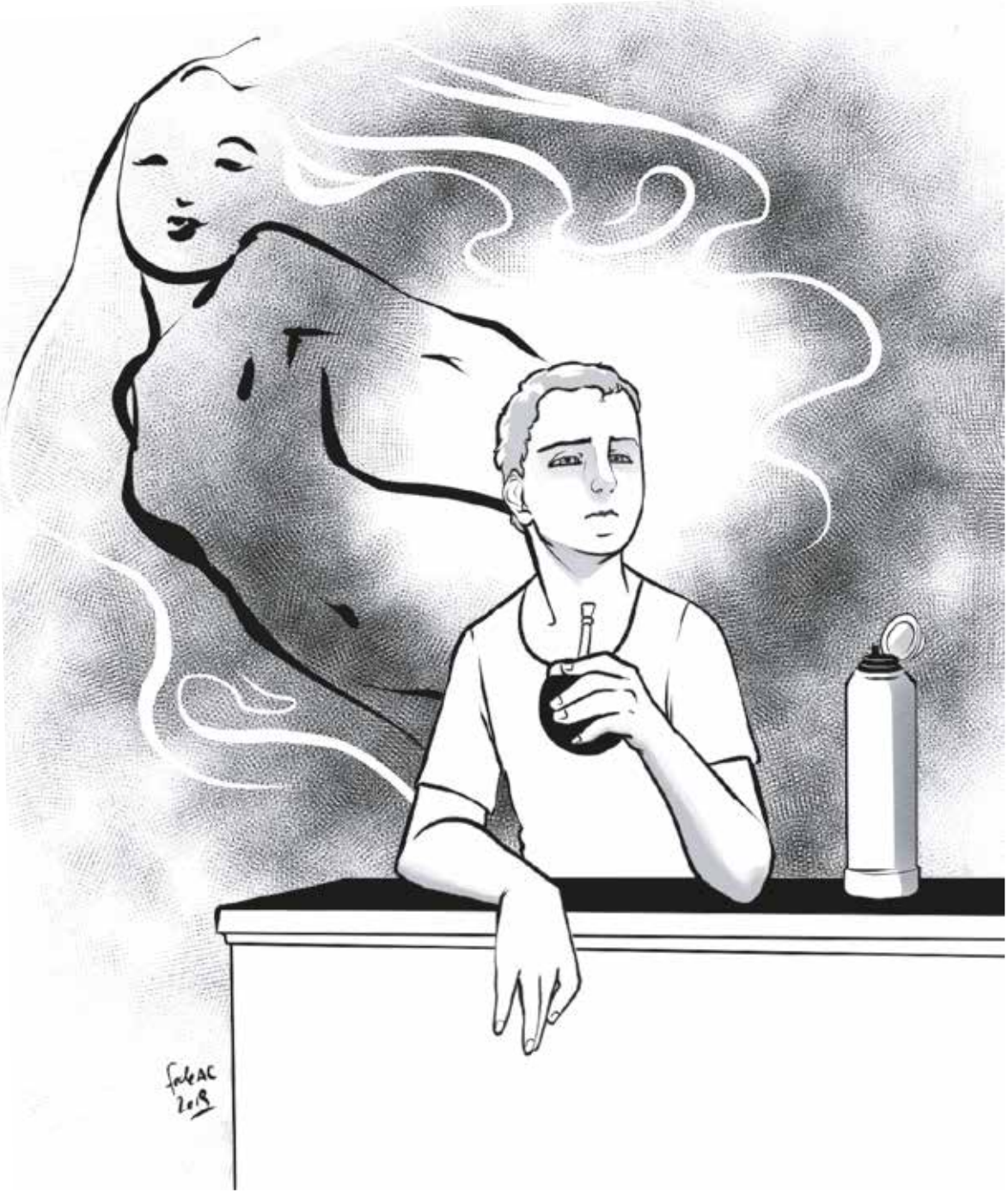


Sarmiento 2055 - Marcos Paz (Pcia. de Bs. As.)

(0220) 477-1083 / 6541

info@distribuidorapareta.com.ar

www.distribuidorapareta.com.ar



Números naturales

Por Gabriel Vanney

Ilustrado por Fede Avila Corsini

Si compartiéramos unos mates...
Si nos dijéramos lo que sentimos...
¿Qué pasó con nuestra sintonía?
¿En dónde están nuestros corazones
que en un momento fueron un solo latido?

Estoy en mi puesto del galpón ferial
que me lo rentan unos usureros.
Para ellos y los demás feriantes
soy el sesenta y dos,
pero para vos soy un número imaginario.

Gabriel Vanney (Rosario, 1963). Realizó sus estudios primarios y secundarios en un colegio católico cuya mística lo inspiró para dedicarse en proyectos de asistencia social y educativa. A muy temprana edad comenzó a realizar escritos y relatos que fue coleccionando a través de los años. En 2013 el punto de inflexión fue El Reino del Séptimo Cielo, cuya saga está pensada en siete libros. Consta de una publicación en la antología de editorial Tahlíel "Camino de Letras" en 2018.



-Deco & Diseño-

CONSULTA POR NUESTRAS
PROMOS



LiMa-Deco & Diseño



1132840078 /1132797645

- ★ Impresiones de fotografía
- ★ Tarjetas personales
- ★ Tarjeteria para cumpleaños/bodas etc
- ★ Etiquetas escolares
- ★ kit para Candy bar
- ★ kit Cumpleaños
- ★ Vinilos para frasco/vasos

FOTOS
POLAROID

**ESTAMOS EN: LAS
HERAS 2890
M.PAZ**

Pezzo o las tribulaciones

Por M. M. Álvarez

Ilustrado por Fede Avila Corsini

Hablemos por ejemplo de las pupilas. Uno de los detalles más intensos y notorios. Algunos sostienen que efectúa el vaciamiento de las mismas tomándolas como símbolo de melancolía, otros que es alusivo a las máscaras primitivas, ya que por ese entonces Modigliani solía visitar asiduamente el Museo del Louvre.

El indudable encanto de *La mujer de la corbata negra* me llevó a cuestionarme acerca de hasta qué nivel el arte puede culminar en nuestras almas o mentes y hacer verdaderos estragos, revolviéndonos la pulpa del cerebro. Succionados como a través de un caño y puestos a merced de las aspas de una batidora. La profundidad propia de la sugestión habla por sí sola cuando nos damos cuenta de qué manera la existencia está plagada de ranuras incandescentes, por donde el líquido barbitúrico de los sueños se cuele y anestesia la fina gasa de la realidad, desatando una guerra de efluvios incoloros, despertando el vértigo de haber sido transportados sin el más mínimo permiso. Y es justo en ese momento donde confluyen los dos mundos. El suelo ya no es suelo -vulgar y duro- sino el desconcertante e inadvertido escenario que la vida eligió para imitar al arte.

Esa noche el vino estaba más cálido que de costumbre.

Siempre cenamos con una copa de malbec, fuese cual fuese el plato que nos aguardase. No somos de esas personas que determinan cierto tipo de vino para acompañar cierta clase de comida. Dejamos reposar previamente la botella en la heladera, ya que a nuestro gusto los cubos de hielo aguan demasiado, algo así como media hora antes de poner los cubiertos sobre la mesa. Somos conscientes de las manías que llegamos a desarrollar con los años y que lejos de avergon-

zarnos nos convierten en seres harto orgullosos. Al igual que con dejar los zapatos alineados detrás de la puerta, con los cordones desatados y la horma empolvada de talco; el orden de los libros en los estantes de la biblioteca por temática, o el hecho de orientar la cuna de la bebé hacia el sur, lo cual creemos favorece la intuición y estimula los sueños.

La velada de la que hablo había sido paralizada por un corte de luz y no pudimos continuar con la rutinaria ceremonia de enfriar levemente la bebida y obsequiar a nuestros paladares con la temperatura justa. Así que luego de dos años ininterrumpidos por primera vez tomábamos el vino casi caliente.

Ligeia, nuestra hija de dos años, tenía la costumbre de jugar con sus muñecos, y también con objetos que no le pertenecían, desparramándolos y otras veces escondiéndolos en lugares impensados. Cosa común en niños de su edad, pensábamos. Pero por otro lado: ¿era una inofensiva introducción a una actitud caótica o un preludeo alarmante a una futura cleptomanía?

Reíamos al formular esa pregunta.

Tenía el impulso de tomar cualquier cosa y esconderla en lugares tan graciosos como impropios. Por ejemplo, una vez hizo desaparecer una lapicera que luego encontré dentro de una pantufla; otra un pedazo de manzana que hallé en uno de los bolsillos de un saco buscando mi reloj de pulsera. No sabíamos si lo hacía por la pura diversión de vernos sorprendidos o si los mantenía ocultos en secreto y después se deshacía de ellos poniéndolos en el primer lugar que se le ocurría.

Los niños jamás dejan de sorprender a sus padres. Hagan lo hagan son la semilla más valiosa germinando frente a sus ojos.

A la luz de las velas cortábamos el solomillo acompañado de morrones cubiertos de ajo tostado y conversábamos acerca de la fascinante y escasa luminosidad en las obras de George De Latour. La charla había nacido a raíz de un comentario hecho cuando yo me agachaba a sacar del horno el humeante trozo de carne. Hacía minutos que la luz se había ido y se veía un tanto complicado extraer la bandeja con mi esposa alumbrándome con una mano temblo-

piernas. Aun así puedo decir que logré hacerlo sin tirar nada y sin quemar a nadie.

Mi esposa, luego de haber apoyado la vela sobre la mesada y alzando a Ligeia en brazos, dijo con voz lejana, murmurando, como si estuviera hablando a kilómetros de distancia: *Si nos viese algún tenebrista francés...* Y tenía toda la razón. Las grietas se habían acentuado, liberando así los gases nerviosos de la imaginación. Respirábamos el grueso aire saturado de significado. Nos encontrábamos justo en el enfoque del concepto, donde los efluvios eran más concentrados y potentes. Éramos la viva imagen del óleo *El recién nacido*. Una pintura que hasta el día de hoy me parece rezumar a través de sus poros tallos de sombreados enigmáticos y religiosidad ambigua. Juntos, reunidos alrededor de la mesa, jugando a ser una familia del siglo XVIII, con el placentero aroma de la carne horneada inundando el comedor del departamento, rodeados de sombras espesas, experimentábamos una mayor sensación de cobi-

jo que con la luz encendida. Han pasado milenios y no hay mejor generador de unidad y seguridad que una llama de fuego crepitante para ahuyentar a las alimañas. La oscuridad nos abrazaba con su espesura, y el calor de las velas actuaba sobre nosotros como la manta infantil que con el peso robado de nuestras mentes repele cualquier tipo de peligro.

No hace falta decir que el amor por el talento fue el desencadenante de nuestra relación. Aún la recuerdo en la galería con un pie descalzo y el zapato faltante en una de las manos. Me le había acercado, sin ningún tipo de esperanza, para ofrecerle mi ayuda. Tomaba su tobillo y largaba obscenidades por lo bajo. Cuando me vio llegar dejó caer el zapato y se tapó inmediatamente la boca. Ese simple gesto bastó para enamorarme.

Recuerdo con nitidez el vestido azul con pequeñas anclas dibujadas que llevaba puesto. Recuerdo sus facciones todavía sin madurar propias de la juventud. Recuerdo la noche después de casarnos: la cama revuelta, el perfume

BORDADOS

Bonhomia



/Bordados Bonhomía



/bordadosbonhomia

TALLER DE BORDADO

Horarios: miércoles de 9:30 a 11:30 / 14:00 a 16:00 / 18:00 a 20:00

Duración: 1 mes

Traes: Bastidor y aguja para bordar

Te doy: Tela y lana

Consultas: 01136859816

**Todos los
medios
de pago**



a sudor plasmado en su cuello, el terso valle de su abdomen agitado, la hendidura suave de su sexo y las mejillas encendidas mientras la miraba extasiado, con un brazo aprisionado en su espalda preguntándome: *¿habrá criatura más increíble en el mundo?* Y ella por su lado, jugando con mi vello púbico, enlulándolo, despidiéndome su aliento directo a los ojos, preguntándome: *¿este será el principio de nuestras vidas?*

El tema más recurrente era la apreciación e interpretación de las obras, ya sean escritas, inmortalizadas en algún lienzo, o labradas en barro o piedra. Siempre con cierto límite, ya que para nosotros los autores debían tener todo el derecho de reservarse las explicaciones con respecto a lo que hubiesen querido decir a través de ellas. Porque no siempre hay respuestas. A veces uno escribe, labra o pinta directo desde el corazón, o mejor, desde el estómago, y lo que pretende decir está ahí, sobre la superficie, al alcance de todos y no es necesario desmenuzar la obra para extraerle la lógica. En los mejores casos no la hay. Sin embargo abundan aquellos que capturan un precioso ejemplar de lobo ártico y lo despellejan vivo, exponiendo los músculos sangrantes y las vaporosas entrañas.

La mañana siguiente de haber cenado a oscuras había entrado apurado al baño con la intención de lavarme los dientes y salir para el trabajo lo más rápido posible. El celular, sin electricidad que alimentara su batería, murió en el transcurso de la noche y me quedé dormido. Con la cara lavada y un poco de desodorante bajo las axilas ya me disponía ir hacia la entrada cuando vi un billete de dos pesos cuidadosamente plegado detrás del inodoro. Sospeché que lo podría haber tomado Ligeia en medio de la noche.

Pezzo, habría dicho al verlo. Con una amplia sonrisa en la cara.

No podía perder más tiempo así que lo tomé y lo guardé en el bolsillo de la camisa.

El trayecto de casa a la oficina consta de un viaje en tren que lleva una hora y media en llegar a destino. Lo vengo haciendo desde casi quince años y supongo que la rutina, al igual que un guante de látex a estrenar, que un cirujano espera no se rasgue desde que le ha envuelto

Habitualmente entre los vendedores ambulantes y los marginados que suben al tren con sus hijos, hay una mujer ciega que hace sonar entre las paredes de un vaso de plástico una canica de acero, a la vez que con un bastón blanco tatea el surco del pasillo en búsqueda de algún obstáculo que le impida el recorrido. Puede que por desincronización jamás nos hallamos frente a frente. Esa vez el tiempo se ralentizó. Iba parado y dejé de notar el zarandeo del tren. La expectativa de tenerla siempre a una distancia prudente había llegado a su fin.

En sus asientos las personas comenzaron a hablar con las lenguas asomando hacia afuera como perros sedientos. Sus cabellos flotaban como si estuviesen nadando bajo el agua.

Conocía los síntomas y la náusea me provocó una arcada.

En ese momento, tan onírico como palpable, las manos de los pasajeros (excepto las mías) comenzaron a arquearse en dirección a la mujer ciega. Los cientos de dedos se quebraban, doblándose como palmeras azotadas por una furiosa tormenta tropical, atraídos por la magnética estela que ella dejaba tras sus pasos. La experiencia fue enfermiza: un sueño de opio. Porque ya de por sí imaginarse el dolor que provocarían semejantes heridas era una cosa, pero verlas efectuadas en cuerpos que no soltaban siquiera una mueca de dolor era algo mucho peor e inquietante.

No hay mejor manera de describir la sensación que me provocó el espiral: manos, dedos, piernas, pelos, narices, todos estirándose de manera extraordinaria y formando un bucle alrededor de la mujer. Aquella cosa vibraba y retumbaba en el fondo de mi cabeza con el tono de un monstruoso diapason.

La mujer ciega estaba a punto de convertirse en el apoteósico objeto de la definición, del asociamiento ilícito por naturaleza. Yo comenzaba a notar que ella, solo ella entre todos los pasajeros, era la única que irradiaba una luz demencial.

Mi paroxismo alcanzó grados agudos. Tuve que sostenerme en los respaldares de los asientos. Eclipsado ante la hipnótica imagen superpuesta de la mujer de Modigliani por

la mujer ciega, que iba cuajando de tal manera que hasta dolía verlo. Era como una estalactita incrustada en una boca sorprendida.

Sentí que debía hacer algo, formar parte de la maravilla al menos con un acto trivial. Pero interceder al fin.

La figura terminó por acomodarse a la perfección en la oquedad invisible como la pieza concluyente de un rompecabezas. El ángulo incorrecto marcado por su cabeza, el rodete oscilante, la ondulación de la franja/corbata negra, pronunciando más el alargamiento y destacando más el fondo marfilado de su vieja camisa, y la postura ligeramente inclinada no eran nada comparado con el vaciamiento de los ojos. En ese punto, creo yo, el más importante y coordinado de ambas mujeres, la pobre e inconsciente resistencia del ser terminó por derribarse.

A diferencia de las demás personas, que se veían atraídas a la mujer de Modigliani como moscas, yo permanecía, al contrario, preso de una

“Y ocurrió que me asaltó un terrible presagio. Al igual que un fotógrafo que intenta capturar la vida salvaje en una instantánea y sabe que cualquier movimiento en falso puede llegar a arruinarle el trabajo de su vida”



fuerza que me obligaba a retroceder. Si quería acercarme al espiral mis piernas flaqueaban y volvían automáticamente dos pasos.

Entonces recordé el billete dentro del bolsillo de mi camisa. Aquel que por falta de tiempo había guardado allí sin pensar que podía llegar a servirme más que para ofrecer cambio en algún que otro negocio. Y ocurrió que me asaltó un terrible presagio. Al igual que un fotógrafo que intenta capturar la vida salvaje en una instantánea y sabe que cualquier movimiento en falso puede llegar a arruinarle el trabajo de su vida, me di cuenta que si interactuaba con ellas había grandes posibilidades de que el fenómeno desapareciera. Mi curiosidad era persistente, por lo que debo suponer que fui débil, honestamente humano. Me dejé embelesar por unos segundos y como aquel que peca con deliberación aguardé a que se acercara.

La canica rebotaba dentro del vaso y eran como campanadas.

Matias Manuel Álvarez (Merlo, Pcia de Buenos Aires, 1988). Bibliotecario y escritor. Surcando la adolescencia dio a conocer sus primeros cuentos que más tarde lograría publicar en un puñado de revistas. Formó parte de las primeras antologías del taller literario "Algo que decir..." de la Biblioteca Popular Gral. San Martín y fue seleccionado en "Entrelazados" (2015) y "Derribando muros" (2017) de la Editorial Tahlé. Al día de hoy oficia de librero y reside en Marcos Paz con su pareja e hija.

ESTUDIO

10

Diez

arquitectura ■

- Anteproyectos.
- Planos.
- Reformas.
- Construcción en general.
- Trabajos en la Costa Atlántica y Club de Campo Las Hojas (M.Paz)

San Martín 88 - Marcos Paz C.P. 1727 - Bs. As.
Te. (0220) 477-0380 Ce. (02227) 15-412734
estudio10diez@gmail.com

UNICO!

MOVIES - MUSIC - GAMES

Belgrano 2107

 011-3920-0424



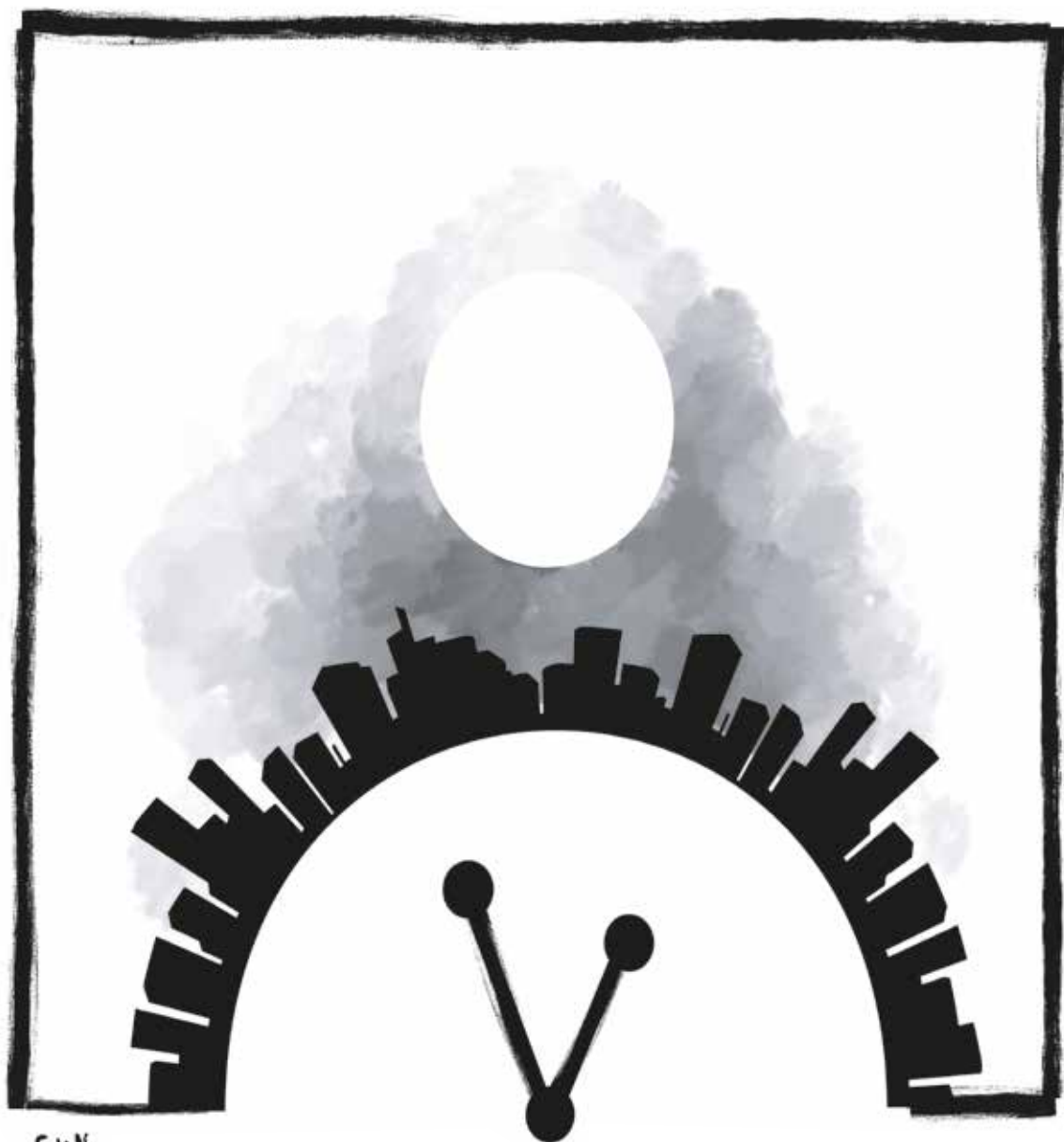
Fem. Menina

Nails

Manicura | diseño | uñas en gel
esmaltado semipermanente

 ||-3344-2831

 /fem.menina.nails



Fede AC
2019

Crepuscular

Por Sergio Ortiz

Ilustrado por Fede Avila Corsini

Me ha pasado de estar parado en la calle y quedarme varios minutos pensando que ese atardecer en nada difiere con un amanecer o viceversa. Uno podría quedarse parado por algunas horas y basta un ligero movimiento de cabeza para contemplar lo mismo: la apertura de la noche o de la mañana, con puntitos brillantes que se van o se quedan, con nubes presurosas por chocarse con esa gran bola que viene o se va. Me pregunto si de esta forma funciona el mundo. Erróneamente pienso que la madrugada inspira, y por eso intento que las respuestas surjan de algún hueco de la noche.

escucha la pesada inercia del reloj, y más allá, detrás de la ventana y la vereda, el tren. La campana del paso a nivel indica que se acerca y me pregunto si viene o se va. Y la realidad es que vamos y venimos hasta el hartazgo, como las agujas del reloj, vamos solo para volver al mismo lugar. Y ese tren representa solo movimiento, como el reloj representa solo ruido y como el atardecer y amanecer representan solo un símil crepúsculo. Las horas pasan, y pasan varios trenes; salgo a la calle y comprendo que no es tan malo después de todo, porque a lo lejos una gran bola viene o se va.

Soy Sergio Ortiz, de Marcos Paz y tengo 27 años. Tengo un trabajo, una familia, amigos; cosas que tienen todos y no viene al caso nombrarlas, al menos acá.

No sé desde qué edad escribo, quizás desde que entendí que es allí el único lugar de reflexión que tenemos los agnósticos, los revolucionarios, los convenientemente neutrales. Amo todo aquello que tenga que ver con la Literatura, y mi desesperanza se achica cuando encuentro a gente que rechaza lo descartable y se lanza, más por necesidad que por gusto, a publicar una revista literaria.



Momento inesperado

Por Silvia Alcaraz

Mis pasos se aceleran, el peligro es inminente, recorro con mi vista todo a mi alrededor, pero no hay nada. Una luz muy fuerte guía mi salida. Quiero alcanzarla y no puedo, un ruido ensordecedor aturde mi mente.... caigo, el piso de concreto se transforma en líquido gelificado, el aroma es penetrante. Me incorporo, o por lo menos creo que lo estoy haciendo, me sostengo el abdomen, algo pegajoso no me lo permite, me entrego, una sensación fría y a la vez tibia acuna mi cuerpo... mi emoción y mi sentir se transmutan y mis recuerdos florecen.

Hoy a la mañana me levanté como todos los días, me cebé unos mates, unas tostadas con manteca en el más absoluto silencio de la cocina, y como no podía ser de otra manera, me acerqué a la ventana, me sostuve de la cortina que está corrida y observé esa gran ciudad de edificios grises, de árboles dispersos colocados prolijamente dibujando el límite de acera. El sol ilumina el paisaje urbano, esa imagen que me ha acompañado en estos últimos 20 años. En el recuerdo se aparece ella, mi mujer, vuelvo a abrigar la misma emoción que sentí hoy, el mismo sabor de sus labios entreabiertos cuando la besé, el mismo sonido de su respiración y de sus quejidos, cuando le dije: —¡Nos vemos a la noche!

Silvia Alcaraz (Córdoba, 1960). Pasó su infancia en el centro de Buenos Aires, su vida fue inquieta. Vivió en diferentes ciudades, en y fuera del país. En el 2002 llegó a Marcos Paz para quedarse. Estudió la carrera de Administración Agropecuaria y Bibliotecología. Desde el 2010 trabaja como bibliotecaria, y desde el 2017 es la presidenta de la Biblioteca Popular General San Martín de Marcos Paz. Actualmente coordina el Taller Literario de esta biblioteca, todos los jueves de 14 a 16hs. Ha participado de varias Antologías.

Ahora estoy tendido, sin nadie alrededor, consciente de lo que pasó; es el viejo túnel del paso a nivel del ferrocarril cerca de casa, solo, sin identidad, ultrajado, lastimado por un celular y algunos pesos, esperando la muerte, la dulce muerte, que me va llevando a medida que me vacío por dentro.

Veo una luz, y no es la del túnel... porque ésta tiene melodía, calidez, paz. Muy a lo lejos hay imágenes de seres que amé, como mis padres y mi hermano pequeño, mis abuelos... mi amigo Tito que jugábamos a la pelota, hasta ese día trágico.

Qué me pasa, algo me dice que me de vuelta, y otra que me entregue al viaje final, miro hacia atrás, y un cuerpo yace coronado en un charco rojo, solo, solo como cuando me fui... a lo lejos esa mujer que amé corre a ese cuerpo. Ya es tarde la luz, la dulce luz me envuelve y me eleva...





La correcta corrección de los Oscars 2019

Por Pablo Rodríguez Ortiz

Luego de muchos años de críticas profundas por la poca diversidad que mostraban los Oscars, que culminó con una campaña en 2015 llamada #OscarsSoWhite, la academia decidió lavar su imagen completamente, y desde ese momento Cheryl Boone Isaacs se convirtió en representante ejecutiva de las relaciones públicas de los Oscars e ideó y abrió las puertas de la academia buscando diferenciarse y lograr que poco a poco se fueran abriendo paso en la integración y representación de las "minorías" generalmente marginadas. Así fue que, la última presentación de los Oscars 2019 nos dio una gran muestra de diversidad cultural. Lo cual no los exime de ciertas críticas, muy comunes de los comentaristas de redes sociales, que la catalogan de ser demasiado políticamente correcta; por el otro extremo se cuestiona a la ganadora a Mejor Película "Green Book" de no ser lo suficientemente transgresora como para merecer el premio principal.

Lo primero a destacar de la ceremonia número 91 de los Oscars es que no tuvo presen-

tador oficial por segunda vez en su historia (la primera vez fue en 1989) lo que facilitó que la transmisión fuera más fluida que otras entregas y tuviera menos cortes. Los números musicales importantes fueron los de *Queen* y *Adam Lambert* y el de Lady Gaga y Bradley Cooper (ganadores luego del premio a Mejor Canción). Entre los primeros premios se vio el reconocimiento a los afroamericanos presentes cuando Regina King y Mahershala Ali se llevaron sus respectivas estatuillas de actuación de reparto, y luego las películas "Black Panther" y "Bohemian Rhapsody" doblaron la apuesta en los aspectos técnicos dándonos una cuota de ganadoras femeninas en los apartados de Diseño de Vestuario, Diseño de Producción y Edición de Sonido. Hannah Beachler por "Black Panther" fue la primera mujer afroamericana en la historia en ganar en la categoría producción, y dando uno de los discursos más inspiradores según *Vanity Fair*.

Finalmente, México, luego de haber sido nominado y perder 8 veces en la categoría de Mejor Película Extranjera logró ganar merecidamente y "Roma", el film de Alfonso Cuarón, hizo historia. Y no se quedó ahí, este director es la primera persona en ganar por la



misma película en las categorías de Mejor Fotografía y Mejor Director.

Los Oscars son un evento que se ve en todo el mundo, y en Latinoamérica el público fue aumentando año a año, por eso no es sorprendente que cada vez se hable más en español en las premiaciones, algo que hicieron Diego Luna, Javier Bardem y el propio Alfonso Cuarón.

El feminismo también se hizo presente en otras categorías como Mejor Corto Documental, el cual ganó "Period: End of sentence", un documental indio producido por Netflix sobre la lucha de las mujeres del pueblo de Kathikhera cerca de Nueva Delhi, India, donde fabrican toallitas sanitarias e intentan desestigmatizar la menstruación que es un tema tabú en el país.

Muchos discursos tuvieron un tono político en contra de la administración del presidente Donald Trump. Quien bajó línea y verdaderamente dio el mejor discurso de la gala fue Spike Lee, al recibir el Oscar a Mejor Guión Adaptado, por la película "El infiltrado del KKKlan" con un gran mensaje antirracista, homenajeando a los antepasados africanos que fueron vendidos como esclavos hace 400 años, y "construyeron el país". Finalizó sentenciando que "las elecciones presidenciales del 2020 están a la vuelta de la esquina. Movilicémonos, estemos todos del lado correcto de la historia."

Otra gran película para recomendar ver es la ganadora del premio a Mejor Película Animada: "Spiderman: Into the Spider-verse". Fue una película que tardó cuatro años en realizarse y le da al género de animación un aire completamente nuevo y una técnica completamente innovadora. Como anécdota negativa hay que decir que les cortaron el micrófono a los ganadores

finalizar su discurso.

En la categoría de actores principales los ganadores fueron dos personas que estaban nominadas por primera vez: Rami Malek por "Bohemian Rhapsody", quien ya venía cosechando varios premios durante la temporada, y Olivia Colman por "The Favourite", quien fue una sorpresa para la gran mayoría de los espectadores incluyendo ella misma. La otra gran sorpresa de la noche que generó la mayor cantidad de críticas fue "Green Book", que luego de ganar Mejor Actor de Reparto, se llevó la estatuilla de Mejor Guión Original y nada más, y nada menos, que el premio a Mejor Película del año, donde toda la crítica especializada concuerda que el premio fue robado a "Roma", quizás por la supuesta enemistad entre Netflix y los



estudios más clásicos de Hollywood.

"Green Book" es una historia condescendiente con el hombre blanco que habla de la amistad y roza temas polémicos sin meterse de lleno en ellos, por eso no es una película que sea transcendental para la industria y pasará sin ser muy recordada como sucedió antes con varias otras que ganaron sin ser las más relevantes en su año.

Como conclusión final podemos decir que el conservadurismo y tradicionalismo aun pesa en las decisiones de la academia a pesar de varios avances significativos. Todavía les queda un largo camino por transitar para renovar la imagen de los premios y de la industria.

Todas las opiniones y comentarios expresadas en la nota son propiedad y responsabilidad del autor de la misma.



Sarmiento 1901 Esq. Bme. Mitre
Marcos Paz - Prov. de Buenos Aires
Tel: (0220) 477-5070

Lunes a viernes de 10:00 a 19:00hs
Sábados de 9:0 a 12:00hs

¿Qué necesitas para ser Socio?

*Fotocopia del DNI
Completar planilla de inscripción
Admisión \$50 + cuota bimestral \$100*

*¿Qué servicios
ofrecemos?*

Préstamos de libros (solo para socios)
consulta en sala | fotocopiadoras
impresiones
(color, blanco y
negro) | computadoras
servicio de internet (wifi) | talleres

Cursos y talleres

Fotografía | Taller literario | Mandalas
para niños y mandalas para adultos
(gratuito) | Psicografía fractal (curso
de formación - 3 niveles)

A.C.U.D.A
PSICOLOGÍA SOCIAL
ACOMPAÑAMIENTO
TERAPÉUTICO
ESTIMULACIÓN TEMPRANA

*Nuevo Rincón
Infantil*

*Libres Pensadores
Un espacio ambientado para los más
pequeños (pufs, fiacas, mesas y sillas)
Abierto al público*



Biblioteca
Popular
Gral. San Martín



BIBLIOPOP.GSM@GMAIL.COM



BIBLIOPOP.GSM



“La espera”

Por Alejandra Llanos

entre TINTAS

DISEÑO & COMUNICACIÓN

BAJADAS
IMPRESIONES
LASER
COLOR & B/N

VINILOS
decorativos

FRASCOS / PAREDES / VENTANAS / MUEBLES Y MUCHO MÁS

TAZAS, JARROS, MATES
ARTÍCULOS SUBLIMABLES - SUPER PERSONALIZADOS

ESTAMPADOS

SERIGRAFÍA - SUBLIMACIÓN - VNILO TERMOTRANSFERIBLE

FOLLETOS | TALONARIOS
BOLSAS | SOBRES | IMANES

GRAN FORMATO
LONA FRONT | MESH | VNILO IMPRESO | BANNERS
ESMERILADO | MICROPERFORADO | VEHICULAR

PLOTEOS CAD
OBRA & VEGETAL
{ **1 METRO DE ANCHO** }

diseño de
VIDRIERAS
CARTELERÍA
MARQUESINAS - BICICLETEROS - CARTELES EXTERIO E INTERIOR
VARIEDAD EN MATERIALES - INCLUYE COLOCACIÓN

SAN MARTIN 77 | MARCOS PAZ
www.entretintas.com.ar

entretintasdg@gmail.com



011 38898869

02227 467530